



CAPÍTULO VII.

A Gumesindo no podía caberle en el juicio que las mexicanas fuesen tan apasionadas de los charritos; pues en menos de una hora, que había permanecido apostado en la primera calle de Plateros, había hecho cuatro conquistas. Estaba muy ufano de que su sombrero canelo, tan dorado y tan grande y sus pantalones cuajados de botoncitos de plata, hubiesen producido un efecto asombroso. Gumesindo no cabía en sí de gozo y de satisfacción; pero esto no bastaba á sus deseos. Era necesario, en primer lugar, decidirse por una de aquellas cuatro jóvenes elegantes, que, según él, se habían prendado de sus atractivos, y una

vez decidido por alguna, seguirle la pista; que ya sabiendo su residencia, era fácil dirigirle una atenta carta y entablar las relaciones amorosas con que había estado soñando hacía tres semanas en su tierra. Le tranquilizaba la idea de que los coches en que iban aquellas beldades habían pasado ya cinco ó seis ocasiones, lo cual quería decir que aquél era el paseo habitual.

Entretanto, los lagartijos que lo habían estado observando desde la acera de enfrente, y que no le habían perdido movimiento, estaban combinando un plan.

—Saben lo que me ocurre, chicos?

—Ya le ocurrió algo á éste.

—Á ver, á ver, qué le ha ocurrido á Nito.

—Hablo formal, y no me anden con guasas. El charrito ese debe ser rico.

—Pues ya se vé, dijo un lagartijo de boca desmesurada y cabello cerdoso; ha de traer sus buenos tecolines para gastarlos con *esas señoras*, como les dicen los periodistas.

—Eso es lo que yo podría asegurar, con-

tinuó Nito, y creo que se presenta la ocasión de divertirnos.

—Bueno, hombre, bueno, á ver cuál es el plan.

—Vámonos acercando, y nos hacemos sus amigos.

—Pero cómo?

—Eso corre de mi cuenta.

—Pero va á desconfiar.

—No, qué ha de desconfiar! Sobre todo, si las cosas se hacen con talento.

—Y éste es muy capaz de hacerlo como lo dice, dijo el bocón, refiriéndose á Nito.

—Pues vamos, vamos.

—Espera: ¿con qué pretexto le hablas?

—Le pido la lumbré, y le tiro el cigarro. Esto me pone en el caso de pedir excusas, y de ofrecerle otro.

—Hombre, es muy buena idea.

—Excelente!

—Pues en marcha.

—Sí, pero con disimulo.

Los tres personajes que así dialogaban se colocaron al lado de Gumesindo, que á la

sazón fumaba un cigarro. Nito, como lo había dicho, le pidió la lumbré y fingiendo que algún transeunte le había movido el brazo.

—V. perdone, caballero, pero esa señora me movió el brazo y solté el cigarro. Tenga V. la bondad de aceptar otro.

—Muchas gracias, dijo Gumesindo, un poco turbado.

Sírvase V.....

—Muchas gracias, repitió Gumesindo aceptando el cigarro. El bocón entonces dijo:

—Yo tengo cerillos, y ofreció la lumbré á Nito y Gumesindo.

—Es tanta la gente que pasa por esta calle á estas horas, continuó Nito, que, vea V., es necesario permanecer pegado á la pared, so pena de sufrir pisotones, ó de que le tiren á uno el cigarro como acabo de hacerlo con el de V.: pero de nuevo pido á V. mil perdones.

—No hay de qué, señor, es V. muy amable. Todas las personas de la capital son muy amables.

—Gracias, amigo. ¿V. viene del interior?

—Sí, señor.

—No había V. venido nunca á la capital?

—No, señor. Vengo por la primera vez.

—Ah! y está V. recién llegado.....

—Llegamos anoche.

—Y qué le parece á V. México?

—Es muy hermoso.

—Y..... qué tales muchachas....?

Gumesindo sonrió con su interlocutor por la primera vez.

—Oiga V..... de primera! dijo Gumesindo con la mayor sinceridad del mundo, y dejando traslucir en sólo esa frase, todo el mundo de ilusiones que tenía en la cabeza.

En esto acertó á pasar otra vez Luisa, la vestida de azul, y volvió á saludar á Gumesindo.

—¡Cómo! ¡amigo mío! exclamó Nito, chanceándose, acaba V. de llegar anoche y ya lo saludan á V. las niñas! Cuidado, que como mexicano de la capital, voy á encellarme. Miren, muchachos, continuó dirigiéndose á sus dos compañeros. El señor llega á la capital haciendo conquistas.

—Con razón dijo el bocón; el señor es buen mozo y está vestido de charro y..... muy bien vestido.

—Gracias, amigo.

—Me llamo Trujillo, para servir á V.

—Gumesindo Ramírez, servidor de ustedes, dijo Gumesindo tocándose el canelo.

—Conque á ver, amigo, quién es esa niña de vestido azul que le saluda á V. tan cariñosamente..... digo..... si esto no es una indiscreción; pero V. sabe que entre hombres..... pues, entre jóvenes..... dijo Nito acercándose á Gumesindo y tocándole el hombro con familiaridad.

—No la conozco, dijo el charrito ingenuamente.

—Cómo se entiende?

—Palabra de honor.

—Pero ella ha saludado á V.

—Sí, varias veces; pero es por simpatía.

—Flechazo! Es V. afortunado.

—Ya me habían dicho que las mexicanas eran muy amables, pero no creía que tan pronto.....

—Las mexicanas? repitió Nito.

—Sí, me habían dicho en mi tierra que hasta las señoras de coche son muy educadas.

—Oye, Pepe, le dijo al oído Trujillo á su compañero: el charrito está creyendo que éstas son las señoras mexicanas.

—Pobre!

—Sabes, que efectivamente Nito va á sacar mucho partido de él.

—Vaya! como que Nito es tanta....

Pepe completó la frase con la mano.

—Pues oiga V. amigo; si V. no conoce á esa niña, yo sí la conozco.

—Es posible?

—Sí, señor.

—Quién es?

—Es una prima mía.

—De veras?

—Formalmente, una prima política, y como estoy seguro de que es V. un caballero no tengo inconveniente en presentarlo á V. con ella.

—Hombre! exclamó Gumesindo viendo

allanada de un golpe una dificultad que le parecía insuperable.

Era ya más de la una de la tarde y los coches de esas señoras habían levantado todo el polvo posible desde la esquina del portal hasta la plaza de Guardiola. Las calles principales de la capital tienen su hora de la misma manera que las personas tienen su cuarto de hora. Ese cuarto de hora es generalmente una debilidad. La capital tiene la suya que consiste en una especie de transacción escandalosa con las mujeres públicas.

Aconsejamos al extranjero que no juzgue de la moralidad de nuestras costumbres ni de nuestros hábitos religiosos por el cuadro que le ofrecen las calles de Plateros los domingos y fiestas de guardar entre las once y una y media.

Simones más ó menos desvencijados y ridículos ocupados exclusivamente por las prostitutas registradas por la policía, ataviadas con los colores más chillantes, y los trajes más escandalosos, emprenden duran-

te dos horas la liza de la prostitución con la sociedad, en una especie de vitor ó convite de circo coronado de polvo. Una concurrencia numerosísima se coloca en ambas aceras á todo lo largo de ese hipódromo de yeguas humanas, que aún se atreven á cruzar, con la tranquilidad de la inocencia, algunas señoras y algunas niñas de la buena sociedad. El espectáculo no es nada edificante: coches con mujeres públicas, un público masculino, endomingado y lelo, haciendo alarde de su contemplación estática, sin las pretensiones de pasar por simple curioso. Más bien pretendé hacer el oso en manada, lo cual, aunque es nuevo, no es del mejor gusto. En ese público que ha resistido y resiste el apodo de *lagartijas*, abundan los pollos imberbes, haciendo castillos en el aire, lamiéndose los labios, baboseando los nombres de las mujeres perdidas, y trasmitiéndoselos, para llenar la estadística del vicio é iniciarse en sus misterios por el camino más corto y á la faz del mundo; y para completar cuadro, que tan poco honra

á nuestras costumbres, el asunto de contemplar prostitutas, se combina con el asunto de poblar la larga fila de cantinas y tabernas que se repiten á cortos trechos en toda la avenida.

Á esto ha venido á reducirse aquella vieja costumbre de apostarse en el atrio de las iglesias para ver salir á aquellas señoras, en los tiempos en que todos los mexicanos, sin excepción, oíamos misa, y la misa era la ocupación preferente del domingo. Las mujeres que hoy se llaman *esas señoras*, no se atrevían á exhibirse en ciertos parajes, ni mucho menos pretendieron jamás llamar la atención en masa, por el lujo, por el número, y por la impunidad de la desvergüenza.

La policía no sólo está en su derecho, sino que tiene el deber de dispersar esa manada, para acabar con un abuso que va formando una costumbre escandalosa, indigna de una ciudad culta y moralizada, y está en su deber, puesto que es un gremio que le pertenece, y del que se ha apoderado á nombre de la moralidad y la salud pú-

blica, para evitar el contagio no sólo físico sino moral; para garantía y resguardo de la niñez inocente, de la virtud incauta y de la gente honrada.

La ociosidad del público lagartijero y el *qué se me da á mí* de las pocas señoras que aún pisan esas calles á la hora del escándalo no debe tranquilizar á la policía respecto á la aquiescencia del público. En bien del decoro y de las buenas costumbres, la policía debe reprimir esos desmanes de sus tuteladas.

Gumesindo, Nito, Trujillo y Pepe han tenido tiempo durante la digresión anterior, de tomar la tercera copa en la cantina de Plaisant. Gumesindo pagó las doce copas, y las amistades quedaron hechas definitivamente.



CAPÍTULO VIII.

MIENTRAS Gumesindo se entregaba á las seducciones de la calle de Plateros, D. Trinidad, D.^a Candelaria y las niñas aprovecharon la mañana en oír misa en la Catedral, no sin haber pasado una revista minuciosa á la rica colección de carteles del Circo Orrín, sintiendo la más viva curiosidad por contemplar por la primera vez en su vida un león de carne y hueso, un elefante y otros animales.

D.^a Candelaria se había puesto un vestido de seda morado y un tápalo de punto; D. Trinidad un saco negro y el sombrero negro de fieltro alti-jarano que le servía en las solemnidades de su tierra, y las niñas